

Nuevas relaciones para realidades nuevas. De cuidado, reverencia y ternura

Georgina Zubiría Maqueo, RSCJ

Resumen

Frente a la realidad de relaciones inequitativas e injustas presentes en nuestro mundo, el artículo ofrece una visión de las posibilidades que tenemos para transformarlas. Símbolos arraigados en el Evangelio y en nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños nos convocan hoy para imaginar, crear y recrear nuestras relaciones. El maíz, el fuego, la cocina, el delantal, la mesa y el banquete nos ayudarán a comprender que otras relaciones cotidianas son posibles.

Frente à realidade de relações não eqüitativas e injustas presentes em nosso mundo, o artigo oferece uma visão das possibilidades que temos para transformá-las. Símbolos arraigados no Evangelho e em nossos povos latino-americanos e caribenhos nos convocam hoje para imaginar, criar e recriar nossas relações. O milho, o fogo, a cozinha, o avental, a mesa e o banquete nos ajudarão a compreender que outras relações cotidianas são possíveis.

*Las grandes realidades nacen del revoloteo de los sueños.
Es útil proponerse proyectos grandes para luego ir acercándose a ellos,
con la humildad del caminante y con la persistencia del convencido.
(Karl Rahner, SJ)*

1. ROSTROS DE LA DOMINACIÓN. DE NOMBRES, REALIDADES Y ANHELOS

*El ayuno que yo quiero es éste:
que sueltes las cadenas injustas,
que desates las correas del yugo,
que dejes libres a los oprimidos,
que acabes con todas las opresiones,
que compartas tu pan con el hambriento,
que hospedes a los pobres sin techo,
que proporciones ropas al desnudo
y no te desentiendas de tus semejantes.
(Is 58, 6-7)*

A lo largo de los siglos y a lo ancho de la geografía, la inequidad en las relaciones de género ha sido asimilada como realidad natural a pesar de la violencia y destrucción que la acompañan. La dominación de unos sobre otras en una cultura como la nuestra, en la que prevalecen visiones dualistas de lo que existe, se extiende hacia todas las relaciones que estratifican a la humanidad en razón de

la clase, la raza, la religión, el sexo, la edad, la etnia, etc., con sus correspondientes ideologías legitimadoras.

Al mirar la realidad que nos rodea, no tenemos dificultad para percibir la dinámica cotidiana de relaciones rotas e inequitativas que producen muertes lentas y progresivas o violentas. Observamos la cantidad de niñas y niños que poco a poco mueren de hambre o de enfermedades curables; los grupos humanos que dejan su tierra y sus raíces en busca de mejores condiciones de vida; las mujeres que padecen violencia al interior de sus familias; los adultos mayores abandonados y sin seguridad social; el tráfico de niñas y niños, la prostitución infantil; el deterioro ecológico; las guerras étnicas, políticas, económicas; los conflictos nacionales e internacionales; las divisiones al interior de los partidos políticos; las alarmantes desigualdades socio-económicas. Disgregación, vulnerabilidad y desencanto. Violación, desarraigo y represión. Tortura, discriminación y exclusión...

Podemos continuar con una lista interminable y constatar que no son sólo palabras sino que detrás de cada una encontramos cientos, miles de rostros humanos con nombre, con dignidad, con anhelos. Rostros mayoritariamente femeninos, que nos remiten a las relaciones de fuerza y de poder en las que se manifiesta la inequidad de género en sus múltiples y diversas expresiones.

Ante estas realidades y con el deseo de compartir mi reflexión sobre las relaciones posibles, he elegido algunos símbolos que nos permitan imaginar, profundizar y recrear la vida en libertad,

desde dentro de nuestros pueblos y desde la persistente presencia del espíritu que nos habita como amor.

2. MAHIS: EL QUE SOSTIENE LA VIDA. DE BELLEZA, MISTERIO Y CREATIVIDAD

*Como la tierra echa sus brotes
y un huerto hace germinar la semilla,
así Yahvé hará germinar la liberación
y la alabanza en presencia de todas las naciones.
(Is 61,11)*

Así sucede con el maíz en las tierras latinoamericanas y caribeñas. Su inflorescencia femenina llamada mazorca está formada por cientos de granos que son vida y que se coronan con un penacho de estilos de color amarillo oscuro. Cándidamente cada mazorca se protege con hojas de color verde y textura papirácea.

En casi todos los países de América Latina el maíz forma parte de la alimentación básica de los seres humanos. A sus propiedades nutritivas hay que agregar sus propiedades curativas debido a su alto contenido en fibra, ya que es muy rico en vitaminas y minerales. Con las barbas de su penacho se preparan infusiones que estimulan los riñones. La harina, utilizada como cataplasma, cura algunas enfermedades de la piel y de las articulaciones. Además de formar parte de la alimentación básica de nuestros pueblos, también es alimento para los animales; sus tallos, una vez separados de la mazorca, se utilizan como forraje.

Con la industrialización del maíz se obtienen endulzantes, alcohol y acei-

te para fabricar pinturas y jabón. Sus ingredientes menos aprovechables se utilizan en la industria del caucho, las resinas y plásticos, los insecticidas y los líquidos para embalsamar. Con las hojas secas se cubren los tamales o se crean bellas figuras decoradas que han llegado a ser un arte.

Estudios arqueológicos revelan que el maíz se comenzó a cultivar en nuestro continente hace aproximadamente cinco mil años. Entonces la recolección del maíz se hacía para alimentar a toda la comunidad y lo que quedaba se intercambiaba por otros productos necesarios para la supervivencia.

Su nombre proviene del término *mahis* que, significa “el que sostiene la vida”. Por eso, desde tiempos muy remotos, es un símbolo de nuestros pueblos, de sus esfuerzos por sobrevivir, de su creatividad, de su solidaridad e interdependencia, de sus vínculos entrañables con la naturaleza y de su apertura al misterio que habita la vida y la desborda.

3. HAGAMOS A LOS SERES HUMANOS. DE BONDAD, GRACIA Y RELACIÓN

*Entonces dijo Dios:
Hagamos a los seres humanos
a nuestra imagen, según nuestra semejanza.
(Gn 1, 27)*

En el “Popol Vuh”, libro de la comunidad o de la casa común, heredamos de los mayas su interpretación sobre el origen del mundo y del ser humano. Ahí nos cuentan que después de varios intentos fallidos, los dioses vieron que la mejor materia original para crear era el maíz:

Había alimentos de todas clases, alimentos pequeños y grandes, plantas pequeñas y plantas grandes. Los animales enseñaron el camino. Y moliendo entonces las mazorcas amarillas y las mazorcas blancas, hizo *Ixmucané* nueve bebidas, y de este alimento provinieron la fuerza y la gordura y con él crearon los músculos y el vigor del hombre. Esto hicieron los Progenitores, *Tepeu* y *Gucumatz*, así llamados. A continuación entraron en pláticas acerca de la creación y la formación de nuestra primera madre y padre. De maíz amarillo y de maíz blanco se hizo su carne; de masa de maíz se hicieron los brazos y las piernas del hombre. Únicamente masa de maíz entró en la carne de nuestros padres, los cuatro hombres que fueron creados.

En el Génesis, uno de los libros de la vida del pueblo de Dios, los israelitas nos heredan su visión sobre el origen del ser humano: Dios lo creó del *humus*, de la tierra fértil, como hijo de *Adamá*, la tierra buena. Es fruto de la Palabra creadora pronunciada en comunión por el misterio originante, el espíritu de vida y la sabiduría primigenia: y creó Dios a los seres humanos a su imagen, a imagen de Dios los creó; varón y mujer los creó. Y los bendijo Dios.

En el origen de la humanidad aparece el acto fundante de la relación como gracia. La diversidad se contempla como un acontecimiento fecundo. La belleza, la vida y el misterio se desbordan en el sueño y se entregan como proyecto

en la historia: *Crezcan y multiplíquense; administren los peces del mar, las aves del cielo y todo lo que se mueve sobre la tierra... y así fue. Vio entonces Dios todo lo que había hecho, y todo era muy bueno.*

Si el maíz es un recurso natural con tantas propiedades, ¡cuántas propiedades no habitan la gracia divina en la relación humana! Es alimento y remedio. Es ternura y belleza. Es vínculo y compañía. Es creación y comunión. Es admiración y reverencia. Es danza y es canto. Es palabra y amor. Es cuerpo y espíritu. Es carne y sangre. Es fiesta y banquete. Es música y poesía. Es alegría y también dolor. Es reconciliación y búsqueda. Es hogar y caricia. Es abrazo y cobijo. Es gozo y salud. Es trabajo y libertad. Es confianza y espera. Es fidelidad y compasión. Es soledad habitada. Es tiempo fecundo. Es gratuidad y gratitud. Es novedad y sorpresa. Es confianza y amor. Es presencia y memoria. La gracia divina es relación creadora. La gracia divina, como posibilidad de lo mejor, habita todo lo creado. Y todo lo creado es un bien común para perpetuar la vida. Queremos seguir soñando en que es posible la plenitud de vida en comunión.

4. EL ENCUENTRO FECUNDO. DE CUIDADO, RESPETO Y REVERENCIA

*Sí, la salvación está cerca de quienes le honran.
Dios habitará nuestra tierra;
el amor y la fidelidad se encuentran,
la justicia y la paz se abrazan;
la fidelidad surge de la tierra,
y la justicia se asoma desde el cielo.
El mismo Yahvé dará la dicha,
y nuestra tierra su cosecha dará;
la justicia irá delante
y con sus pasos trazará un camino.
(Sal 85, 10-14)*

A lo largo de todos los tiempos el maíz ha sido vida y salud para nuestros pueblos, especialmente para los grupos más vulnerables. Nuestros ancestros, inseparablemente unidos al “corazón del cielo” y al “corazón de la tierra”, al cultivar el maíz nos muestran la sabiduría fecunda que acompaña su relación con la naturaleza y con la vida toda. La madre tierra es amada y amigable, hospitalaria, generosa y cordial. Lo que se cultiva es para la vida de la comunidad. La interdependencia, la solidaridad y el cuidado son gestos fundadores de humanidad.

Sin embargo sabemos que, como a muchas mujeres, se está violando sin reparo. No hay respeto hacia la matriz que cobija, nutre y ayuda a crecer la vida. Se aceleran sus ciclos con técnicas artificiales, se explotan sus minerales, se le quema y deforesta. La desertificación y la contaminación de los ríos hacen muy difícil su sustentabilidad. El grano que en ella se siembra se altera químicamente. La tierra es indefensa y débil. También es femenina, es vulnerable. Los avances culturales la someten a una sobreproducción que la debilita. Está dominada por el poder humano que busca acumular.

La propiedad privada favorece a las minorías y despoja a los campesinos de sus tierras. El libre comercio convierte al maíz en un producto que se paga barato y se compra caro. Se privilegia su producción para la exportación a costa de la supervivencia de las mayorías.

Los cambios climáticos, los desastres naturales, los huracanes y tsunamis, son un grito clamoroso de nuestra ma-

dre tierra. La hemos agredido y explotado al punto que hemos disminuido en una cuarta parte su capacidad de regeneración. La violencia que hemos ejercido contra ella genera más violencia, destrucción y muerte. La vida humana y la vida en el planeta corren el riesgo de extinguirse.

Ahora es tiempo de inclinar la cabeza con reverencia ante el don gratuito de la creación, de pedir perdón por la violencia impuesta y de buscar formas de relación reconciliada. Es tiempo de dejar que el planeta recupere el ritmo y los ciclos propios de la vida. Es tiempo de plantar nuestros pies sobre la tierra fresca y percibir cómo nuestras raíces, como las del maíz, se llenan de vida. Podemos aprender de nuestras/os antepasadas/os su manera de cultivar la vida, su sabiduría para curarla, su paciencia para esperar sus ritmos. Es tiempo de asociar creativa y positivamente el culto, la cultura y el cultivo. Es tiempo de vincular la intuición, la razón y la relación.

5. EL FUEGO Y EL MOLINO QUE TRANSFORMAN. DE TIEMPO, PACIENCIA Y AFECTO

Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, da fruto abundante. (Jn 12, 24)

Con tiempo, con fuego, con sazón y con una pizca de sal, el maíz se transforma en alimento que se sirve a la mesa en su diversidad exquisita: tortillas, elotes, tamales. Puede transformarse también en bebida como el pinolate guatemalteco o el pinolillo costarricense u hon-

dureño, el atole mexicano o la chicha peruana y boliviana.

Para transformarse en alimento, el maíz necesita pasar por el molino y por el fuego. Así también los seres humanos necesitamos pasar por ellos para transformarnos y transformar nuestras relaciones. Con el molino se tritura el maíz hasta convertirlo en harina. Sólo así se convierte en masa para crear la tortilla, las gorditas y el tamal. De igual manera, las personas debemos permitir que la vida nos modele hasta que sea entrañable reflejo de la imagen de Dios que nos crea y nos recrea. Como la mujer que cierne la harina, hemos de ir a nuestro interior para encontrarnos con la gracia original, bendición de bondad y belleza, de sabiduría y placer, de relación amorosa. De acuerdo a la intuición del autor del libro del Génesis, Dios nos regala su aliento y su bendición. Dios dice bien de la humanidad en una palabra creadora. Necesitamos discernir la gracia, necesitamos escuchar la palabra creadora que Dios nos susurra y dejarnos impulsar por su aliento de vida para administrar los bienes de la creación desde la comunión.

Por su parte, pasar por el fuego es un sacrificio en su sentido más original: “hacer sagrado”. Para hacer sagrada la relación entre el avance científico, la cultura y la vida, es necesaria la transformación que pasa por el tiempo y por el fuego, por la paciencia y la pasión por la vida, por la constancia y el deseo. Fuego que, por su fuerza desbordante evoca la trascendencia como sucedió a Moisés frente a la zarza ardiendo. Es necesario para la vida pero merece

respeto, hay que descalzarnos para no causar la muerte. Fuego que evoca la fogata, el grupo, la comunión. Fuego como “hoguera” que recrea el “hogar” y fortalece vínculos. Fuego que calienta y cobija; que abraza y abrasa en la calidez afectuosa de la relación.

La ceremonia pascual del fuego nuevo es la evocación litúrgica del triunfo de la vida sobre la muerte, de la luz sobre las tinieblas. La presencia del crucificado es ahora una presencia transformada, transfigurada, resucitada. La presencia del Espíritu Santo en la comunidad primitiva es simbolizada con las lenguas de fuego que transforman. Fuego que es energía, que dinamiza, que comunica y que genera comunión.

6. LA COCINA, ESPACIO DE TRANSFORMACIÓN. DE MAGIA, SABIDURÍA Y DANZA

*Encárguense de prepararnos la cena de la pascua...
... fueron y encontraron todo
tal como Jesús les había dicho
y prepararon la cena
(Lc 22, 8-13)*

En muchas culturas la cocina es un espacio de intimidad al que entran solamente los miembros de la familia y las personas de mucha confianza. Es parte del hábitat creado para sobrevivir. Es un ámbito privilegiado para proteger la existencia en lo cotidiano.

En la cocina suelen encontrarse el maíz y el fuego para transformarse. El brasero y el molino, las cazuelas y las cucharas, los condimentos y las medidas. Los sabores que nacen de la creatividad y los sinsabores que la inspiran y fortalecen. Las personas que se quieren,

que sueñan, que sufren, que buscan y desean. En la cocina también se encuentran el espacio y el tiempo para crear, cuidar y preparar la vida. Espacio y tiempo necesarios para la transformación. Espacio y tiempo que los seres humanos también necesitamos para discernir y elegir nuestras relaciones. El maíz no puede prepararse con un fuego arrebatado. Tiene sus ritmos y sus grados en los que el fuego juega mientras danza la mano creadora. Danza como danza el Espíritu desde el espíritu humano para poder percibir, gustar y saborear su presencia. Presencia de amor que nos habita y que busca expresarse en su impulso relacional. El espacio y el tiempo son necesarios para elegir nuestras relaciones, cuidarlas, alimentarlas y defenderlas de todo aquello que pueda dañarlas.

En la cocina se encuentran los olores y los sabores. Un poco de sal en la comida, una chispa de fuego en el sazón, vigilar los tres hervores y combinar los colores para atraer y convocar, para despertar el gusto y el deseo, para permitir el encuentro y el gozo, para facilitar el compartir y la relación. Toda la sensorialidad se pone en actividad en la cocina y llega a la cabeza, al corazón, al cuerpo entero. El gesto de cocinar es un gesto pedagógico que nos muestra las posibilidades de nuestros sentidos interiores.

Lo mismo ha de suceder en nuestro espacio y en nuestro tiempo de oración, espacio y tiempo de encuentro con Dios. Igual ha de suceder en nuestros espacios y en nuestros tiempos de relación. Y la vida, la vida toda es relación; la vida nace de la relación, crece y se

alimenta en y de la relación. Relación con otras personas, con la naturaleza, con el cosmos, con la historia, con Dios. Que en ellas no falte una pizca de sal ni una chispa de humor.

7. PARA COCINAR, UN DELANTAL. DE ENTREGA, CARÍÑO Y GRATUIDAD

*Entonces Jesús... se levantó de la mesa,
se quitó el manto,
tomó una toalla y se la colocó en la cintura.
Después echó agua en una palangana
y comenzó a lavar los pies de los discípulos
y a secárselos con la toalla
que llevaba a la cintura.
(Jn 13, 4-5)*

El delantal es símbolo de trabajo, de servicio y entrega, de gratuidad y cariño. Obviamente no nos estamos refiriendo a las comidas rápidas ni al uso de microondas. Hablamos de la elaboración paciente y amorosa, de la preparación creativa y desprendida. Se necesita mucha imaginación para hacer rendir los recursos de manera que alcancen para todas y para todos, de manera que lo preparado se pueda disfrutar y saborear.

No pocas veces se encuentran las mujeres de la casa y, ahora, cada vez más, también los hombres para picar y rebanar, moler y amasar, mezclar y combinar. Suele ser un encuentro espontáneo en el que es posible conversar. Y todas/os, se ponen el delantal. Todas/os, se disponen en gratuidad. Gratuidad de quien sólo espera que las/os otras/os coman con alegría y con gusto. Gratuidad que busca hacer hogar, comunidad, iglesia doméstica. Gratuidad que es aire que se respira, alimento que cuida, energía que fortalece, ambiente que alegra. Gratuidad que es espacio de encuentro

con quienes se ama porque sí. Gratuidad que evoca el origen y el don de la vida, el trabajo del campo, el agua de la siembra, el sol que transforma. Gratuidad que es memoria inquietante de que los bienes de la creación son para todas las criaturas. Gratuidad que no olvida que hay quienes no tienen lo necesario para comer. Gratuidad que es partir y dividir para multiplicar. Gratuidad que es responsabilidad por la vida más próxima y por la vida que hace posible la vida más próxima. Gratuidad eucarística capaz de entregar el propio cuerpo, la propia sangre para que las hijas y los hijos alcancen un poco de pan.

Jesús se ciñó la toalla en la cintura para servir, así como Marta se puso el delantal para recibir en su casa a sus comensales. Gestos elocuentes de hospitalidad. Gestos elocuentes para la relación. Gestos elocuentes de la disposición para dar la vida a fin de que otros y otras la tengan más y mejor.

8. LA MESA Y LOS TABURETES. DE EQUIDAD, DIVERSIDAD Y TESTIMONIO

*Llegada la hora, Jesús se sentó a la mesa... y les dijo:
¡Cómo he deseado celebrar esta pascua con ustedes!
... tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo:
Esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes;
hagan lo mismo en memoria mía...
(Lc 22, 14-19)*

En la cocina encontramos la mesa con sus sillas o taburetes para gustar lo preparado. La mesa se adorna. Se le pone una flor, una vela, un detalle de humanidad y de ternura. Alrededor de la mesa no hay lugar ni para el individualismo ni para la indiferencia; no hay jerarquías ni rangos, se vive la equidad;

se sientan cerca los seres queridos para fortalecer los vínculos, para trenzar historias, para tejer ya el futuro.

En torno a la mesa se comparten los sueños que se anhelan y los dolores que se sufren. Ahí se gesta lo posible y se enriquece la imaginación creadora al compartir un mismo sueño, un mismo anhelo. Se alientan los proyectos personales y compartidos. Se fortalece el grupo nuclear. Hay compañía, convivencia y comunión. Sí, comunión en medio de la diversidad de edades, intereses, ocupaciones, creencias, relaciones. Diversidad que, si se comparte y escucha, siempre enriquece.

Alrededor de la mesa, cuando acompaña la calidez del hogar, se fortalece el deseo de encuentro para compartir lo vivido y favorecer conjuntamente la construcción de un futuro diferente que se hace ya presente. En la comida compartida se buscan y encuentran razones para vivir. La mesa común es ya un testimonio; es tiempo y espacio para que las/os otras/os sean testimonio vivo de sus búsquedas y convicciones.

La mesa familiar, la mesa comunitaria, la mesa de la amistad es oportunidad para añorar a los ausentes y para esperar. Es tiempo de gozar las presencias, de celebrarlas y agradecerlas. Es cotidiano siempre nuevo que busca romper las rutinas y las soledades, que acompaña en las tristezas, que consuela en los dolores, que libera en los temores, que alienta en la impotencia. Lo real aflora espontáneamente. No es encuentro de actores y actrices; es convivencia de humanidad.

Un amigo mío suele decir que las mesas son el mejor archivo familiar y comunitario. Si las mesas hablaran, ¡cuánto podrían compartir de lo nuestro! Alrededor de ellas y durante las comidas hablamos sobre la situación política, económica y eclesial. Compartimos nuestras inquietudes y deseos, las experiencias y las búsquedas del día a día. Si las mesas hablaran, también nos podrían narrar cómo han ido cambiando nuestras imágenes de Dios desde lo cotidiano. Nos podrían contar los procesos de maduración de cada persona en particular y del grupo como comunidad de vida. Repasarían los nombres y los rostros de nuestras amigas y amigos que han compartido la misma comida. La mesa común es memoria de lo que realmente sirve para vivir, es radiografía del corazón comunitario y fotografía de la trinidad en la historia.

La mesa, con sus comensales, evoca las comidas de Jesús con sus amigos y amigas. Las preocupaciones y sinsabores de sus compañeros cuando se sintieron urgidos a compartir con las multitudes. Las posibilidades desbordantes de cinco panes y dos peces puestos en común. Y la importancia de recoger lo que ha sobrado, para que no se pierda nada.

La mesa también nos recuerda a aquella mujer sirofenicia que quería la salud y la vida para su hijita. Es memoria elocuente de la apertura de Jesús para modificar sus convicciones, para extender la mesa, para ofrecer el pan no sólo a los hijos, también a las hijas y a las hijas de las hijas. La mesa, en fin, nos recuerda que las migajas que caen tam-

bién son alimento, que es preciso recoger los fragmentos para que a nadie le falte el pan que da vida. La mesa es, sobre todo, memoria de la mejor herencia de Jesús. Nos recuerda sus palabras, sus gestos, su entrega. Nos invita a seguir haciendo lo mismo en su memoria.

En torno a una mesa se celebra la eucaristía. Una mesa para comer y recordar, para celebrar y agradecer, para participar y compartir, para escuchar la Palabra de Dios en la Biblia y en la historia, para interpretarla y cotejarla comunitariamente, para perdonarnos y fortalecernos, para percibir con reverencia el Misterio y para acoger su don. En la comida-eucaristía, hacemos memoria de Jesús como pan y como sangre que dan vida, como espíritu entregado en sacrificio para hacer sagrado el amor cuando se expresa hasta el extremo.

En torno a la mesa eucarística podemos apreciar el valor del cuerpo, de la carne y de la sangre. En ella, las mujeres podemos reconocer, agradecer y celebrar la dimensión eucarística que nos habita, las posibilidades de nuestra sangre para nutrir la vida que comienza, la hospitalidad de nuestro cuerpo que la acoge, la protege y alimenta. En la mesa eucarística se fortalece la esperanza de que aquello, que en nuestro mundo está fragmentado, puede reunirse; de que aquello que en nosotras/os está roto, también va a ser unificado. Y, como la comida familiar o comunitaria, la comida eucarística también se prepara, y se adorna la mesa y se espera a los invitados.

9. SOÑEMOS EL BANQUETE. DE PRESENCIAS, COMPLICIDADES Y AMORES

*Yahvé, Dios, preparará para todos los pueblos
un banquete de exquisitos alimentos,
un banquete de buenos vinos,
sabrosos alimentos, vinos deliciosos.
(Is 25, 6)*

La mesa en torno a la cual comemos los tacos y las tostadas, y en la que compartimos el atole y la chicha para tener vida, la mesa familiar y la mesa eucarística evocan la nostalgia por la mesa del banquete del Reino. Sabemos que ahí hay espacio para todas/os. Confesamos que ahí los hambrientos serán saciados. Creemos que será un festín con succulentos platillos que preparamos desde ahora porque cuidamos la vida. La vida humana y la vida del planeta. La vida de nuestra prójima inmediata y la vida de nuestras hermanas y hermanos en la distancia. Toda vida es historia sagrada. Toda vida es compañera en nuestro camino, en nuestros intentos y tropiezos, en nuestro deseo de plenitud. La vida vivida como relación es nuestra, es responsabilidad y regalo a la vez.

La nostalgia por la mesa del Reino es inspiración que nos moviliza para ensanchar nuestra mesa cotidiana, para compartir las mesas de nuestras amigas y nuestros amigos. Cuando compartimos las mesas, especialmente la de nuestros amigos los pobres, sentimos un fresco rocío que fecunda y anima y alienta a más. Más, como el de Toño que a sus nueve años, en un día de Navidad, reunió sus centavos para comprar un pan. Su papá había emigrado al otro lado

para mandar dólares que no llegaron. ¡Quería festejar la navidad con un pan! Lo partió en seis pedazos y alcanzó para sus hermanos, sus hermanas y también para mí.

A ese más Jesús nos convoca, nos desafiaba y nos acompaña. Al más de la relación generosa, desprendida, inclusiva. Al más del amor hacia quienes nos han hecho algún mal. Al más de la relación reconciliada con nuestras enemigas y nuestros enemigos. Al más de la relación que transforma a quienes desperdician

su comida, para que nada se pierda y a nadie le falte.

Dios nos ha dado su fuerza, su gracia y su bondad. Así nos alienta. Así nos impulsa. Así nos transforma en su cuerpo. Hemos escuchado la invitación. Hemos recibido la libertad. Podemos imaginar y soñar. Si queremos, caminemos hacia allá. Avanzamos con la certeza de que las compañeras y los compañeros de la mesa cotidiana van con nosotras/os en el camino.

